



DIALOGO PRIMERO.

LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO. (\*)

*Interlocutores.—Mesa, Gutiérrez.*

MESA.

**A**LÉGROME en verdad de tu venida á esta tierra, pues como sé que conoces muchos colegios de España, y según en tu viaje mismo lo manifiestas, eres amigo de ver cosas nuevas, al mostrarte lo que no has visto, aprenderé lo que deseo saber.

GUTIÉRREZ.

Nada es tan natural al hombre, y así lo dice Aristóteles, como sentir una inclinación innata é irresistible á adquirir la sabidu-

(\*) Vease, en el tomo I de las *Obras* de D. Joaquín García Icazbalceta, de esta colección, el artículo intitulado *La Universidad de México*. [pág. 341], que el autor escribió para que sirviera de introducción á este primer *Diálogo* de Cervantes Salazar.—N. del E.

ría, que por abarcar tantas y tan elevadas materias, nos encanta con su variedad. En ésta se complace igualmente la naturaleza, produciendo sin cesar cosas tan diversas, y por lo mismo tan gratas á los hombres. Y como la variedad atrae y detiene la vista, así el ánimo se fija en lo que percibe por primera vez, fastidiándole infaliblemente la repetición de lo que ya conoce. Dígame todo esto para que entienda, que no la codicia, como en muchos sucede, sino el deseo de ver cosas nuevas, es lo que me ha hecho atravesar con tanto peligro el inmenso Océano.

MESA.

A cada uno arrastra su inclinación (1). Y como tú te dejas llevar de ésa, así otros ceden á otras; pero en verdad que prefiero la tuya.

GUTIÉRREZ.

Así sucede. Pero sírvete informarme de lo que no he querido preguntar á ningún otro: ¿qué edificio es ése con tantas y tan grandes ventanas arriba y abajo, que por un lado dá á la plaza, y por el frente á la calle pública, en el cual entran los jóvenes, ya de dos en dos, ya de tres en tres, luego en tropel, como si fueran acompañando á un maestro por honrarle, y llevan capas

largas y bonetes cuadrados metidos hasta las orejas?

MESA.

Es la Universidad, donde se educa la juventud: los que entran son los alumnos, amantes de Minerva y de las Musas.

GUTIÉRREZ.

En tierra donde la codicia impera, ¿queda acaso algún lugar para la sabiduría?

MESA.

Venció la que vale y puede más.

GUTIÉRREZ.

Sí; en aquellos que estiman las cosas en lo que realmente valen, y no toman las viles por preciosas, ni al contrario. (2)

MESA.

Pues á éstos que así juzgan, los venció y dominó antes la sabiduría, que á no ser así, de todo formarían juicio errado.

GUTIÉRREZ.

Razón tienes. Pero ruégote que entremos juntos. Ancho es, por cierto, el zaguán, y muy espaciosos los corredores de abajo.

MESA.

Iguales son los de arriba.

GUTIÉRREZ.

Para el número y concurrencia de estudiantes tiene bastante amplitud el patio; y

por este lado izquierdo hay espacio sobrado para cuadrar el edificio, igualando el lado derecho. Pero dime lo que importa más, y que realmente ennoblece á una Universidad, ¿qué tales profesores tiene?

MESA.

Excelentes.

GUTIÉRREZ.

Por supuesto que no pregunto de su honradez, sino de su instrucción y práctica en la enseñanza.

MESA.

Son empeñosos, y versadísimos en todas ciencias. Y hasta te diré, nada vulgares, y como hay pocos en España.

GUTIÉRREZ.

¿Y á quién se debe tan grande obra?

MESA.

Al Emperador, bajo cuyos auspicios y gobierno se han hecho en todo el orbe cosas tan insignes.

GUTIÉRREZ.

¿Cuáles son sus inmunidades y privilegios?

MESA.

Muchos y grandes; conforme en todo á los de Salamanca.

GUTIÉRREZ.

Merecen muchos más y mayores, si posible fuera, así los que enseñan tan lejos de su patria, como los que estudian en medio de los placeres y de la opulencia de sus familias.

MESA.

Antes bien debieras haber dicho, que á unos y otros debe honrarse por haber de ser los primeros que con la luz de la sabiduría disipen las tinieblas de la ignorancia que oscurecían este Nuevo Mundo, y de tal modo confirmen á los indios en la fe y culto de Dios, que se trasmita cada vez con mayor pureza á la posteridad.

GUTIÉRREZ.

Juzgas tan acertadamente, que no hay más que añadir. Pero dime ya lo que tanto ansío saber: ¿qué emolumentos gozan, cuánto tiempo enseñan, y quiénes son estos celosos maestros de la juventud?

MESA.

No á todos se dá el mismo sueldo; á unos doscientos, á otros trescientos pesos de oro al año (3), según la importancia de la facultad y la ciencia del profesor. Sin embargo, considerando en general el esmero con que enseñan, y la carestía de la tierra, es bajísima de todos modos la asignación. Porque

sólo la propia experiencia podrá hacerte creer, que lo que en España compras con cualquier moneda de cobre, (4) aquí no has quien te lo venda, no digo por el duplo, pero ni aun por el triplo de plata.

GUTIÉRREZ.

Bien lo creo, porque á mi pesar lo he experimentado: lo más ordinario y común no se consigue sino con plata; no hay moneda de vellón como en España, y la que allá es pieza de plata, aquí es de oro (5).

MESA.

Convendría, por lo mismo, que á los catedráticos se diese un sueldo tal que sólo se ocupasen en lo que tienen á su cargo, sin distraerse para nada en otras cosas, y que les bastara para sustentar medianamente sus personas y familias. Resultaría de esto lo que es preciso que suceda en cualquier escuela bien organizada: que habría mayor concurso de sabios, y estudiarían con más ardor los jóvenes que algún día han de llegar á ser maestros.

GUTIÉRREZ.

Aumentará los honorarios el Emperador luego que sea de ello informado: y si, como se dice, las dignidades eclesiásticas y demás empleos se han de reservar para los que habiendo dado pruebas de su erudición

sean considerados más dignos, esto infundirá grande ánimo á los escolares para proseguir incansables en sus estudios.

MESA.

Hay muchas esperanzas de que así se hará. Mas ahora, para que sepas lo demás que preguntas, debo decirte que los días no feriados hay continuas lecciones y explicaciones de autores, de las siete á las once de la mañana, y de dos á seis de la tarde. Algunos profesores dan cátedra dos veces al día, y los más una sola.

GUTIÉRREZ.

Lo mismo es en Salamanca.

MESA.

De las ciencias concernientes al lenguaje y al raciocinio, que guían á las demás, hay tres sobresalientes profesores.

GUTIÉRREZ.

Dime quiénes son y á qué horas enseñan.

MESA.

El que ves paseando por aquella grande aula de abajo, tan llena de discípulos, es el maestro Bustamante, que de ocho á nueve de la mañana, y por la tarde de dos á tres, enseña con tanto empeño como inteligencia la gramática, de que es primer profesor. Explica con cuidado los autores, desata las dificultades, y señala con bastante inteli-

gencia las bellezas. No es poco versado en Dialéctica y Filosofía, en las cuales es maestro: y como hace veintiséis años que se emplea sin descanso en la enseñanza de la juventud mexicana, apenas hay en el día predicador ó catedrático que no haya sido discípulo suyo (6)

GUTIÉRREZ.

¡Cuán larga será su descendencia! si quien forma el ánimo no merece menos el nombre de padre, que quien ha dado la existencia

MESA.

Ciertamente muy dilatada. A todos enseñó con gran brevedad y encaminó con buen éxito por la senda del saber, en cuanto permitió el ingenio de cada uno. Pero sabemos, que allá arriba están las demás cátedras. La que se vé á la derecha está destinada á la lección de Sagrada Teología, y en ella, de dos á tres, el Maestro Cervantes enseña Retórica á los aficionados á la elocuencia, que vienen á oírle, y á los estudiantes de las demás facultades, para que realce el mérito de todas.

GUTIÉRREZ.

Este Cervantes, si no me engaño, es el que también fué Catedrático de Retórica en la Universidad de Osuna (7).

MESA.

El mismo. En aquella esquina, pasada la

magnífica clase en que se lee Derecho Civil y Canónico, hay dos salas bastante amplias. En la primera, el presbítero y Maestro en Artes, Juan García (8) enseña dos veces al día la Dialéctica, con mucho empeño y no menor provecho. Es persona digna de aprecio por su probidad y literatura.

GUTIÉRREZ.

¡Dios mio! ¡con qué gritos y con qué manoteo disputa aquel estudiante gordo con el otro flaco! Mira como le hostiga y acosa.

MESA.

Lo mismo hace el otro, y se defiende vigorosamente: sin embargo, según advierto, ambos disputan por una bagatela, aunque al parecer se trata de cosa muy grave.

GUTIÉRREZ.

¿A quién van á oír tantos frailes agustinos que junto con algunos clérigos entran á la cátedra de Teología?

MESA.

A Fray Alonso de la Veracruz (9), el más eminente Maestro en Artes y en Teología que haya en esta tierra, y catedrático de prima de esta divina y sagrada facultad: sujeto de mucha y varia erudición, en quien compete la más alta virtud con la más exquisita y admirable doctrina.

GUTIÉRREZ.

Según eso, es un varón cabal, y he oído

decir además que le adorna tan singular modestia, que estima á todos, á nadie desprecia, y siempre se tiene á sí mismo en poco.

MESA.

Para leer cánones, de que es Catedrático de Prima, sube á la cátedra el doctor Morones, á quien tanto debe la Jurisprudencia. Sus discípulos, que son muchos, le oyén con gusto por su claridad (10).

GUTIÉRREZ.

Muchos le siguen.

MESA.

Y con razón. De las diez á las once, y en la misma Cátedra, el Doctor Arévalo Sedeño (11) explica y declara los Decretos Pontificios con tal exactitud y perfección, que los más doctos en Derecho nada encuentran digno de censura, sino mucho qué admirar, como si fuesen palabras de un oráculo. Es copioso en los argumentos estériles, conciso en los abundantes, pronto en las citas, sutil en las deducciones. Presenta sofismas y los deshace, nada ignora de cuanto hay más obscuro y elevado en Derecho, y por decirlo de una vez, es el único que puede hacer jurisprudencia á sus discípulos.

GUTIÉRREZ.

Le oí en Salamanca, y cada día fueron

creciendo las esperanzas que siempre se tuvieron de él.

MESA.

Por la tarde, de tres á cuatro, lee Teología, el Maestro en ella y en Artes, Juan Negrete (12), que el año pasado fué Rector de la Universidad. Asombra su saber en Filosofía y Matemáticas, y para que nada le falte para abrazar todas las ciencias, tampoco ignora la Medicina.

GUTIÉRREZ.

Sujeto como se necesitaba para tan insignie Universidad.

MESA.

De las cuatro á las cinco dá cátedra de Instituta, con bastante acierto, el Dr. Frías, Maestro también de Artes, peritísimo en griego y latín; pero lo más admirable es que aun no ha cumplido treinta y cuatro años (13).

GUTIÉRREZ.

Según me informas, hay en esta naciente escuela profesores sabios é insignes, todos muy capaces de desempeñar con gran fruto su cargo en cualquiera otra Universidad de las más antiguas y famosas. ¿Pero no hay, por ventura, en México otro gramático? Porque uno solo, por instruido que sea, no sé si podrá bastar.

MESA.

Tuvimos antes á Puebla, Vázquez (14), Taragona, Martín Fernández, de no común erudición en Dialéctica y Física, y un tal Cervantes (15), que según decían muchos, era muy versado en letras griegas y latinas: hubo además otros varios que enseñaron con buen éxito, pero no han proseguido en ello, por haberse dedicado á otras ocupaciones. Sin embargo, vino hace poco de España un Diego Diez, quien en una escuela privada explica con todo esmero las reglas y los autores; y será cada día más útil á la juventud, porque él también se dedica asiduamente al estudio, según me dicen.

GUTIÉRREZ.

Perfectamente. Pero ¿quién es aquel hombre tan alto, con ropa talar, y una maza de plata al hombro?

MESA.

El macero de la Universidad, que en castellano llamamos *Bedel*. Es hombre de estudios, circunstancia que no sienta mal en tal empleo (16).

GUTIÉRREZ.

¿Y qué dice, con la cabeza descubierta, el Catedrático de Teología?

MESA.

Que mañana no ha de dar cátedra, por

ser día festivo, según las Constituciones de la Universidad.

GUTIÉRREZ.

¿Está señalado por tal el jueves, si no hay otro día de fiesta entre semana?

MESA.

Así es costumbre en esta Universidad.

GUTIÉRREZ.

¿Qué contiene aquel papel fijado en la puerta?

MESA.

Conclusiones físicas y teológicas; unas problemáticas, otras afirmativas, otras negativas, que según allí mismo se expresa, se han de defender é impugnar en esta cátedra de Teología el martes, ó *la feria tercera*, como dicen los escolares.

GUTIÉRREZ.

¿Son acometidos con mucho vigor los que descienden á la palestra para defender las conclusiones?

MESA.

Terriblemente, y es tal la disputa entre el sustentante y el arguyente, y de tal modo vienen á las manos, que no parece sino que á ambos les va la vida en ello. En asiento elevado está, con muceta y capirote doctoral, insignia de su grado y dignidad, uno de los maestros, á quien tocó el puesto

según las constituciones, y es quien dirige la controversia y aclara las dudas: presidente del certamen y juez de la disputa, como le llama Vives.

GUTIÉRREZ.

¿Por ventura los que bajan á la arena pelean siempre con el mismo brío y fortaleza?

MESA.

Nada de eso: unos descargan golpes mortales y hacen desdecirse al adversario: otros lo procuran y no lo consiguen. Algunos pelean con malas armas, que al punto se embotan; ya porque son principiantes y nunca han bajado á la palestra, ya por falta de ingenio suficiente.

GUTIÉRREZ.

¿Acontece alguna vez que el sustentante se dé por vencido?

MESA.

Casi nunca, porque no falta quien le ayude, bien sea el presidente ó algún otro de los aguerridos que se han hallado en muchos combates: y suele acontecer que siendo de opiniones contrarias doctores y licenciados (17), se traba el combate entre ellos con mucho más calor que entre los mismos que sostenían antes la disputa.

GUTIÉRREZ.

¿Quién pone término á la cuestión?

MESA.

La noche, porque no hay allí otro Palemón (18); pues muchas veces el presidente del acto ó padrino del sustentante es acometido con más vigor que el discípulo ó ahijado á quien patrocina, ó que algún otro cuya defensa tomó viéndole metido en la contienda.

GUTIÉRREZ.

¿Ha habido ya lecciones de candidatos? (19)

MESA.

Todavía no, porque los discípulos de Lógica aun no han obtenido el primer grado de bachiller; pero pronto las habrá, puesto que hasta ahora por falta de tiempo no se ha podido. Sin embargo, ya recibieron el primer grado en Sagrados Cánones, porque los habían estudiado en Salamanca, el presbítero Bernardo López, provisor del Obispado de Oaxaca, persona de notable erudición, el Dr. Frías y el Maestro Cervantes (20).

GUTIÉRREZ.

¿Por quién fueron graduados?

MESA.

Por el Doctor Quesada, oídor de la Real Audiencia (21), sujeto tan perito en ambos Derechos, que es digno de ser comparado á los antiguos, según pueden testificarlo Salamanca y Alcalá.



GUTIÉRREZ.

¿Con qué aparato se da la borla y cuánto cuesta?

MESA.

Con grandísima pompa, y con tal gasto, que mucho menos cuesta en Salamanca.

GUTIÉRREZ.

¿Cuántos doctores y maestros hay?

MESA.

Entre los que se han graduado en México, y los que alcanzaron el título en otras partes, pero que ahora son del claustro y gremio de esta Universidad, hay tantos, que apenas serán más en Salamanca: á lo que se agrega, para mayor dicha de tan ilustre Academia, que D. Fr. Alonso de Montúfar, Arzobispo de México, é insigne Maestro en Sagrada Teología, se cuenta el primero en el número de sus Doctores (22): siendo tan aficionado á las letras y á los literatos, que nada procura con tanto empeño como escogitar medios para que sean siempre mayores los adelantos de la literatura.

GUTIÉRREZ.

¡Cuán cierto es aquello de

«Dame, Flaco, Mecenas, y no faltarán Marones!» (23)

Los que desean graduarse en Teología, Filosofía ó Jurisprudencia, ¿qué comprometen en el examen privado?

MESA.

Lo mayor de todo, es decir, la honra, que muchos estiman más que la vida; ninguno hay tan confiado en sí mismo, que no tenga gran temor de que en aquel lance le pongan una negra C, porque nadie puede tener agotada una materia.

GUTIÉRREZ.

Para aprobar y reprobar ¿usan aquí las mismas letras que en Salamanca, es decir, la A y la R?

MESA.

Exactamente las mismas; pero los antiguos usaban tres para votar: la C que condenaba, por lo cual se dijo *poner una negra C* (24); la A que aprobaba, y la L y N, que significaban *non liquet*, esto es, «no está claro.»

GUTIÉRREZ.

¿No tiene biblioteca esta Universidad?

MESA.

Será grande cuando llegue á formarse. Entretanto, las no pequeñas que hay en los conventos servirán de mucho á los que quieren frecuentarlas. Mas ya que te he hecho la descripción de la Universidad de México, dime en breves razones, si no te sirve de

molestia, cómo es la de Salamanca, que se tiene por la más célebre de España.

GUTIÉRREZ.

¿Quién podrá compendiar cosa tan grande en pocas palabras?

MESA.

El que pueda describirla con muchas, pues Macrobio escribe que Virgilio con este verso:

Los campos donde Troya fué,  
deshizo y borró una gran ciudad. [25]

GUTIÉRREZ.

Pues lo diré, acaso con más brevedad de la que pedías. La Universidad se divide en dos escuelas, poco apartadas entre sí, y que llaman mayor y menor. La mayor tiene en el piso bajo muchas y grandísimas cátedras, cada una con el letrado de la facultad que en ella se enseña. El patio es tan largo y ancho como corresponde á la extensión de las cátedras, rodeado de pórticos amplísimos. Hay también en el piso bajo una capilla muy bien aderezada, donde se celebran los oficios divinos: sobre ella, y á conveniente altura, es de ver el reloj, que no sólo da las horas sino también los cuartos, por medio de dos carneros que vienen á topar mutuamente en la campana. Casi desde que amanece hasta que anochece se dan sin in-

termisión lecciones de todas ciencias: de algunas no hay sólo dos ó tres catedráticos, sino muchos y muy doctos, aunque no todos son de la misma categoría, ni disfrutan igual sueldo. Los hay de primera, segunda y tercera clase; y así como los honores y emolumentos no son los mismos, tampoco es igual en todos la erudición. Los catedráticos de Prima y el de Decreto tienen el primer lugar, como los generales en un ejército: síguense los de Vísperas. En parte alguna hay mayor concurrencia de estudiantes, y á ellos toca votar para la provisión de cátedras. Ocupan la escuela menor muchos gramáticos versadísimos, que con diversos sueldos regentan las cátedras de su ramo. En ambas escuelas, además de los profesores dotados por el rey, hay otros muchos igualmente doctos que aspiran á ganar cátedras, y que por lucir su ingenio ó captarse el aplauso y favor de los escolares, explican con todo empeño y claridad los arcanos de las ciencias. Omito hacer mención de los innumerables colegios donde, sin pagar nada, son mantenidos algunos colegiales siete años, otros ocho, y aun más. De estos colegios apenas sale quien no pueda ser Oidor ó Presidente de alguna Audiencia Real, ú obtener cualquier otro empleo en el orden civil ó eclesiástico. En los

conventos, que son muchos, hay asimismo estudios particulares de Artes y Teología. Y para que nada se eche menos, también hay certámenes literarios. ¿Quieres, por último, que en una sola palabra encierre yo lo que no cabría en un largo discurso? No hay en Sicilia tanta abundancia de trigo (26), como en Salamanca de sabios. Con todo, esta Academia vuestra, fundada en región antes inculta y bárbara, apenas nace cuando lleva ya tales principios, que muy pronto hará, según creo, que si la Nueva España ha sido célebre hasta aquí entre las demás naciones por la abundancia de plata, lo sea en lo sucesivo por la multitud de sabios.

MESA.

Mucho me has dicho en brevísimas razones. Cuando estemos más desocupados te servirás explicarme algunas cosas que piden tratarse con más detenimiento. Por ahora, vamos á comer, que ya es cerca de medio día.



## DIALOGO SEGUNDO.

INTERIOR DE LA CIUDAD DE MEXICO. (1)

*Interlocutores: Zuazo y Zamora, vecinos;  
Alfaro, forastero.*

ZUAZO.

**E**st tiempo ya Zamora, de que llevemos á pasear por México, cual nuevo Ulises (2) á nuestro amigo Alfaro, que tanto lo desea, para que admire la grandeza de tan insigne ciudad. De este modo, mientras le vamos enseñando lo más notable, él nos dirá algo que no sepamos, ó nos confirmará lo que ya sabemos.

ZAMORA.

Bien pensado, como siempre acostumbras, pues nunca enseñamos con tanto provecho como cuando al instruir á los demás, apren-